

La abuela, el amante y la Nena.

¡Menuda sorpresa! Mi querida abuela Leonor tuvo un amante. Y lo más increíble: durante su matrimonio con Claudio, mi abuelo. Y yo seré la única que conozca esta historia, pues solo quedamos ella y su Nena, como me llamó siempre para diferenciarme de Leonor, su única hija, mi madre. Sí, tres Leonores en cascada, abuela, hija y nieta. Antes era muy corriente llamar igual que los padres a los primogénitos, menos mal que yo no he tenido hijas, ni hijos, pues no me veo de madre. Los abuelos y mi madre, hasta que se emancipó, vivían en el tercer piso de una casa antigua en un buen barrio de esta ciudad. Ahora solo vive la abuela. Mi madre se fue a vivir con Juan, un hombre con el que nunca se casó, pero tuvieron una hija, yo. No conocí a Juan, pues antes de nacer se fue de casa... y hasta hoy. Así que viví con mi madre, hasta que una terrible enfermedad se la llevó y me quedé sola. Unos años antes había muerto Claudio, dejando sola a mi abuela.

Pero, volvamos al presente, la historia que me ha contado mi abuela hace unos días. Enfrente de su casa siempre ha existido un Bar de barrio, de los de toda la vida. Abría muy temprano para dar desayunos y a mediodía tenía un menú barato. Cerraba pronto, pues no daba cenas y en cuanto el último parroquiano terminaba su consumición y salía por la puerta, bajaban el cierre. Mi abuela desayunaba muchos días en ese Bar y allí conoció a Alejandro. Hablando primero, tonteando después, finalmente se convirtió en su amante. De un balcón de casa de mis abuelos, siempre ha colgado un tiesto con un geranio colorado, que nunca se ha secado. La importancia de este tiesto la vais a comprender enseguida. Siguió contándome que cuando Claudio y mi madre se iban a trabajar, ella salía al balcón cogía el tiesto y lo guardaba en la habitación. Esa era la señal para que Alejandro, que estaba en el Bar, supiera que podía subir sin peligro a su casa. Del resto que me contó, no os voy a decir nada pues me da vergüenza y además os lo podéis imaginar.

Y todo esto me lo cuenta en mi última visita, pues cuando llego a su casa una tarde, la veo emocionada con una caja de recuerdos sobre su regazo. Le pregunto qué es lo que está viendo y lo cierra rápidamente, supongo que para que yo no vea lo que hay dentro. Me acerco a ella y le doy un beso sin preguntar nada. Me siento a su lado y hablamos de nuestras cosas. Y en algún momento de la conversación me dice, “Nena, ¿tú sabes que yo tuve un amante?” Os podéis imaginar la cara que puse cuando oí esa pregunta. Sin dejar que contestase, me dice que me lo va a contar, porque no se quiere morir sin contárselo a alguien. Y ahí empezó su historia, que ya os he escrito antes. Fueron felices como amantes diez largos años. Todo terminó cuando murió Claudio. Alejandro quiso seguir con la relación, pero le pidió que se casara con él, y eso a la abuela no le gustó, ¡porque ya no era una aventura! Mis ojos estaban abiertos como platos por la historia y el final. Mi abuela con una aventura, que nadie conocía y acabando la relación, ¡porque ya no había riesgo! Y yo pensaba que la conocía. De Alejandro no supo más, al negarse a su proposición de matrimonio. Y aquella decisión también acabó con el trasiego del geranio del balcón al interior. Hoy quiero a mi abuela más que antes, por saber que fue una mujer valiente en una época que lo que hizo estaba muy mal visto por la sociedad carca de entonces. Nadie puede reprocharle que buscase el amor de su vida.

JOSÉ MANUEL BRETÓN